

La función social de los libros de historia en la España imperial de los siglos XVI y XVII

Alfonso Mendiola y
Guillermo Zermeño*

*...Sólo puede poseer algún saber
el que tiene preguntas.*

*...no hay método que nos enseñe a preguntar, es decir,
a aprender a ver lo que es cuestionable.*

Presentación

Este ensayo pretende aproximarse a la respuesta de la siguiente pregunta: ¿cómo y para qué se escribían libros de historia en la España imperial durante los siglos XVI y XVII? En relación con el conjunto de los libros de historia que se escribieron en esta época nos vamos a concentrar, principalmente, en las crónicas de la conquista y poblamiento de la Nueva España. Consideramos que las características básicas de las crónicas sobre la conquista de la Nueva España se encuentran, en tanto que práctica de escritura de la historia, en la totalidad de lo que podríamos llamar libros de historia de esa época; cuando menos como forma dominante en la historiografía de estos siglos.

De las posibles maneras de enfrentar este problema, nosotros vamos a escoger la siguiente: trataremos de buscar las razones por las cuales los cronistas se convirtieron, a partir del siglo XIX, en *fuentes para la historia*. Con esto partimos de la forma en que estas obras han sido leídas en los dos últimos siglos: como textos cuya finalidad comunicativa es esencialmente referencial, es decir, contar las cosas tal y como sucedieron. El uso de las crónicas como fuentes para la investigación histórica im-

plica un desplazamiento o transformación del sentido comunicativo con el que surgieron. Leerlas para reconstruir lo que sucedió es introducirles una intención que desconocían los que las escribieron. Esta transformación consiste en comprender ahistóricamente la escritura de la historia, es decir, como si la forma moderna del conocimiento del pasado fuera idéntica a la del mundo greco-romano y medieval.

A partir de lo anterior podemos reformular nuestra pregunta: ¿cuáles han sido los cambios en las formas de recepción o lectura de los cronistas de una sociedad religiosa —cristiana— a una sociedad secularizada? La cuestión consiste en reconstruir la distancia temporal que nos separa, en tanto que lectores, de esas obras. Aunque parezca obvio, todo se reduce a sostener que esas obras no se escribieron bajo los criterios de objetividad y verdad de la historiografía moderna.

La argumentación que vamos a desarrollar la concentramos en dos grandes problemáticas: primera, ¿en qué consiste y cuáles son los elementos que intervienen en el acto de leer? y segunda, reconstruir la relación comunicativa originaria de las crónicas de la conquista del Nuevo Mundo. Ambas problemáticas giran en torno a la manera anacrónica en que, durante los dos últimos siglos, han sido interpretados los cronistas. Y este anacronismo nace debido a que el historiador busca datos y fechas en

* Universidad Iberoamericana.

estas obras sin preocuparse de la forma particular que en ellas *se construye* esa información.

La lectura también tiene su historia

Parece que un libro permanece, en cuanto a su significado, invariable a lo largo de tiempo. Las crónicas de Oviedo, Acosta, Las Casas, etcétera, contienen lo mismo siempre y en todo momento. El libro no cambia, basta con que el lector comparta el lenguaje natural en que fue escrito para que éste le entregue su sentido. Nada más equivocado. El libro no dice nada en sí, sólo puede hablar en relación con el lector. Este, el lector, es el único que puede escuchar al libro. El significado de un texto se actualiza en la interacción entre él y su lector. Un mismo libro será entendido de distintas maneras según sea el horizonte de expectativas del lector.¹ Los lectores de los siglos XVI y XVII son distintos a los del siglo XX. Por eso, la concretización del significado de las crónicas va variando con la situación de interpretación de sus crónicas y con la situación de interpretación de sus lectores. Aquello que configura el horizonte desde el cual el lector recibe el texto es histórico. Ahora bien, si el sentido del texto no está en él mismo, sino en la interacción que se da entre texto y lector, podemos postular que la situación —histórica y cultural— en la que se encuentra el lector hace variar la comprensión de la obra leída.² Debido a ello, toda obra literaria es la historia de sus distintas interpretaciones.

Si, como hemos dicho, el sentido del texto no es uno sino múltiple, y esta diversidad de lecturas se basa en los distintos horizontes³ desde donde es leído, la preocupación actual no consiste en buscar la lectura correcta sino en intentar reconstruir, en la medida de lo posible, el horizonte de los lectores a los cuales estuvo destinada originariamente la obra que se estudia,⁴ sin perder de vista que nuestro horizonte, en relación con los relatos de la conquista, es distinto. Podemos postular lo siguiente: que toda lectura de una obra temporalmente distante a la época en que vive el

lector consiste en el encuentro de dos horizontes; uno, que es el del lector, y otro, el del autor, es decir, que lo que se pretende en ese acto específico de leer es abrir el horizonte del lector para que sea capaz de entrar en diálogo con el horizonte en el que el libro constituyó su función comunicativa originaria. Y sólo se es capaz de abrir el horizonte propio en la medida en que se tiene conciencia del mismo. Sólo el acto reflexivo nos permite relativizar nuestra forma de leer, y de esta manera acercarnos a la alteridad de la obra. Pero siguiendo a Gadamer es necesario precisar los límites de la reflexión del ser histórico:

Tampoco se puede llevar a cabo por completo la iluminación de esta situación, la reflexión total sobre la historia efectual; pero esta inacababilidad no es defecto de la reflexión sino que está en la esencia misma del ser histórico que somos. *Ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse.*⁵

Este rescate del lector que ha venido haciendo la hermenéutica literaria de manera insistente en los últimos veinte años trae como consecuencia la imposibilidad de continuar fundamentando la interpretación de un texto en una supuesta objetividad del sentido, entendiendo por esta última la fe que se tenía en que el texto significaba de manera independiente al lector. El libro o texto no habla más al que lo interroga, sólo se vuelve sentido para ese alguien que realiza el acto de leerlo. Ahora, no se trata de un lector que al igual que un dios creará el contenido del texto de manera absoluta; por el contrario, se busca reconstruir el funcionamiento de interacción que se produce en toda acción de leer. Sin libro no hay lectura por actualizar, sin lector no hay más que lectura potencial. El mismo libro prefigura intencionalmente, en tanto que producto de la escritura, al lector; no exclusivamente en cuanto público al que la obra está destinada, sino también en cuanto al comportamiento que se desea que tome el posible lector, es decir, el texto no está indefenso ante el intérprete sino que aquél

le va dando indicaciones a éste para que lleve a buen término su actividad de comprensión. Esto es lo que se conoce como el lector implícito o el lector modelo, el lector que se encuentra en el texto mismo.⁶ Por otro lado, está el lector histórico real de la obra, que como se puede prever, no siempre coincide con el que el autor de la obra esperaba, esto resulta aún más claro cuando la obra tiene la suerte de permanecer viva más allá de la época en que fue creada, lo que permite que surjan una serie de lectores ajenos al horizonte originario de la obra.

Además, cuando nos referimos a la presencia del lector no estamos hablando, como quizás se podría pensar, de cuestiones psicológicas, sino de cuestiones históricas. Se trata de reconstruir el horizonte de expectativas que determinan el tipo de recepción que se puede alcanzar de una obra cualquiera en una época determinada. Veamos qué es lo que constituye este llamado horizonte de expectativas desde el cual se va a leer la obra:

en primer lugar, a partir de normas conocidas o de la poética inmanente del género; en segundo lugar, de las relaciones implícitas con respecto a obras conocidas del entorno histórico literario, y en tercer lugar, de la oposición de ficción y realidad, función poética y práctica del lenguaje, que, para el lector que reflexiona siempre existe, durante la lectura, como posibilidad de comparación.⁷

La categoría de horizonte de expectativas, al recoger las determinaciones existentes en torno al fenómeno literario en cada momento histórico, nos da la posibilidad de dejar de concebir al lector como una entidad individual-abstracta y pensarlo como una entidad colectiva-concreta. Por ello nadie accede por primera vez a la lectura de un libro sin una serie estructurada de referencias sobre el mismo. Estas referencias van desde un conocimiento de lo que otros lectores han dicho acerca de ese texto hasta el hecho de ubicarlo dentro de un género literario particular. El lector tiene una interpretación previa a la lectura de la obra,

más o menos determinada, que finalmente es la que le hizo interesarse por esa obra en particular. La realización de la lectura vendrá a confirmar o no esa interpretación previa que él tenía del objeto literario. De lo anterior es importante destacar lo siguiente: que la interpretación previa es la que posibilita que el libro venga a formar parte del interés del lector, es decir, hace perceptible el texto al iluminarlo.

Ahora queda claro que el problema consiste en especificar los cambios que se dieron del horizonte de expectativas de los lectores de la sociedad denominada religiosa, al de la sociedad secularizada.

Los relatos de la conquista de la Nueva España como *actos de habla*⁸

En este punto vamos a esbozar algunas de las líneas que se deben seguir para realizar la reconstrucción *del contexto de producción o emisión* de las crónicas de la conquista de la Nueva España. ¿Para qué situar en su mundo a los textos-emisiones que nos cuentan la epopeya española en América? ¿Qué debemos entender por el mundo de un texto? Cada uno de los conceptos de las preguntas que buscamos responder trae consigo una serie de ambigüedades: "situar" en su "mundo" a los textos. ¿Existe un mundo propio de lo literario, o mejor dicho, del acto de escribir? ¿De qué manera las técnicas de la escritura influyen en lo escrito? ¿O podemos seguir creyendo que no hay diferencia en el producto —lo escrito— si se hace con una tinta china y manguillo o con una computadora?⁹ Además, es necesario tomar en cuenta las relaciones sociales en las que se inserta el escritor. No es lo mismo escribir libremente que hacerlo por pedido. Sólo en el primer caso podemos hablar, en sentido estricto, de autor; y para que exista este último se necesita de un mercado importante del libro, y muchas otras cosas más.¹⁰ Por lo anterior podemos decir que al contextualizar la escritura de los cronistas, es decir, al analizarla como actos de habla, y no sólo en los niveles sintáctico y semántico, evitamos seguirlos leyendo como contemporáneos nuestros.

El conjunto de las crónicas forma parte del intento por comprender el dominio de Castilla sobre América, en donde los interlocutores de estas emisiones forman parte de la comunidad cristiano-medieval. Para ellos, narrar-escribir los hechos de la conquista consiste en darles un (su) sentido: en decir por qué sucedieron, o aún mejor, para qué sucedieron esos acontecimientos. Pero siempre que se desea comprender algo se interpreta desde un horizonte cultural, es decir, siempre se está ya en el mundo (no hay razón pura sino razón encarnada), y en este caso es el *cristiano medieval*. Esta producción de textos europeos —la mayoría de ellos ibéricos— sólo se explica (no olvidemos que la Europa de los siglos XIII al XVII, a pesar de la invención de la imprenta, es una sociedad oral-gestual en donde la escritura es un acto esporádico y misterioso) por la cantidad de enigmas que el descubrimiento y la conquista provocaron en la mentalidad cristiana europea. Antes que otra cosa, el objetivo perseguido por estos textos es el de neutralizar lo extraño. La existencia de un Nuevo Mundo no pudo ser entendido, en una primera etapa, con un sentido de alegría, sino de terror, debido a que su presencia puso de cabeza el misterio teológico de la salvación. Este acto de exorcismo llevará un poco más de dos siglos: todas las obras escritas durante los siglos XVI y XVII que tratan sobre este hecho, independientemente de la estructura formal que tenga, forman parte de una respuesta a ese enigma. Por ello, estas obras son parte de este proyecto fundacional español: insertar en la historia de la salvación la conquista de América. Dar sentido para el mundo europeo en su conjunto significa interpretar desde lo imaginario¹¹ medieval el llamado Nuevo Mundo.

Los que se toman la tarea de narrarnos lo sucedido usarán lo escrito por otros, algo que será común para la escritura de la historia en esta época. A manera de ejemplo podemos decir que Torquemada consulta a los siguientes escritores: Mendieta, Gómara, Las Casas, Herrera, etcétera, y posteriormente, muchos retomarán su obra. De esta forma se irá armando el mito fundacional español.

Hasta aquí hemos presentado el conjunto de preguntas en que se inscriben estos escritos, así como sus respuestas. Pero hay otro contexto, menos fácil de precisar, del que forman parte estas obras: la tradición de los relatos sobre la reconquista y las cruzadas. Dentro de estos relatos hay tres géneros que influyen en las crónicas de la conquista de manera especial: el cantar de gesta, la novela caballeresca y la crónica.¹² Esto nos obliga a decir algo que parece evidente pero que casi siempre se olvida: el contexto de lo literario es lo literario mismo, antes que otra cosa. No es lo real como independiente a todo sujeto lo que determina el modo de contarlo o describirlo, sino las tradiciones estilísticas en las que el escritor se formó. En relación a esto hay que recordar el peso de la retórica en la formación de estos escritores. Por todo ello, en las crónicas de la conquista se une el personaje de novela caballeresca (la Malinche, por ejemplo) con la providencia divina.

Toda crónica debe ser entendida como un ladrillo en una pared; sólo adquiere su peso real en relación con las obras, anteriores y posteriores, que la rodean. Sólo con este estudio diacrónico se puede afirmar cuál es el valor estético e innovador de estas obras; de otra manera todos los juicios son anacrónicos. Un juicio estético que da Antonio Solís sobre la obra de Bernal Díaz es negativo, mientras que los estudiosos del siglo XX de esta misma obra, nos dicen que es maravillosa literariamente. De nuevo habría que tomar en cuenta las transformaciones en el gusto literario que se dan del siglo XVII al XX para establecer lo relativo de cada una de estas valoraciones.

Este juicio positivo sólo es comprensible cuando consideramos que las crónicas, al ser contadas a partir del siglo XIX, se convierten en expresión del surgimiento de una nacionalidad: la mexicana. Bernal Díaz, de Medina del Campo, se transforma en el primer escritor latinoamericano, o aún más, mexicano. Bernal Díaz se ha convertido, ya en nuestra época, en el inicio de la literatura nacional.

Para hacer un juicio histórico de acuerdo con la crítica literaria actual, habría que considerar lo que Jauss propone:

El horizonte de expectación de tal modo reconstruible de una obra hace posible el determinar su carácter artístico en la índole y en el grado de su acción sobre un público presupuesto. Si denominamos distancia estética a la distancia existente entre el previo horizonte de expectación y la aparición de una nueva obra cuya aceptación puede tener como consecuencia un “cambio de horizonte” debido a la negación de experiencias familiares o por la concienciación de experiencias expresadas por primera vez, entonces esta distancia estética puede objetivarse históricamente en el aspecto de las reacciones del público y del juicio de la crítica (éxito espontáneo, rechazo o sorpresa: aprobación aislada, comprensión lenta, retardada).¹³

Lo que hay que destacar es la necesidad que tiene una sociedad por dar cuenta de un hecho. Ahora bien, esta sociedad es más que la Península Ibérica, es la *Europa medieval*, unificada más de lo que se cree —refiriéndose a la cultura escrita— en un mismo terreno mental-simbólico: el cristianismo. Y segundo, este conjunto de textos que tienen por objetivo dar cuenta de la conquista, utilizan una serie de obras que vienen desde la época greco-latina —bajo la interpretación medieval, por supuesto— hasta la literatura de los siglos XV y XVI. Los símbolos, conceptos y teorías que sirven para dar sentido al acontecimiento del contacto no son invenciones de los cronistas, como algunas veces se ha dicho, sino que nos remiten a una tradición cultural bastante antigua. A estos conjuntos hay que añadir el de la literatura del Siglo de Oro, de donde tomarán diversos estilos narrativos que serán utilizados por los cronistas, por ejemplo, la manera de describir en las crónicas el hambre es tomada de la novela picaresca.¹⁴

Se escribe sobre América desde la cultura europea, y para europeos. Europeos medievales y nunca modernos. En estos textos se cree en el juicio final, en la intervención de Dios, en el pecado original, en la astrología, en las profecías, en los presagios, etcétera. La actitud de

acercamiento a estas obras debe ser análoga a la del etnólogo cuando estudia una cultura distinta a la suya. Nos encontramos en un universo totalmente “otro”. Los gestos materiales llevados a cabo por los conquistadores pertenecen a hombres extraños a nosotros, donde la religión no es algo externo a su cotidianidad, ni separada de la esfera política. Nos encontramos con dos tiempos distintos; uno, el de la obra, y otro, el del lector. Y dado que todo ente se percibe en el tiempo, quizás éste sea, antes que nada, tiempo. El concepto de tiempo debe ser entendido como el sentido del ente: todo es fenómeno, y por lo tanto, temporalidad.¹⁵ La preocupación principal es cómo retomar el espesor histórico de existencia del texto: las formas de recepción del mismo. ¿Qué se ha dicho de la crónica a lo largo de 400 años? ¿Qué significaciones se le han adjudicado? pues esas significaciones en el presente forman parte de la obra.

¿Cómo tratar el dato, que en este caso es un libro? ¿Pasividad del sujeto: el dato habla por sí mismo, o reconstrucción del sentido de la empiria; primacía del sujeto o del objeto? Vayamos con cuidado. El texto quiere informar—en el sentido de la época, ser una relación— de una serie de hechos que se resumen en la palabra conquista. Pero el hecho existe para alguien, en este caso para una cultura. El hecho aislado de la cultura que lo explica es inexistente: el hecho se transforma en gramática para comunicarse. Percibo desde una memoria histórica: los bárbaros penetrando en el Imperio romano; se instalan los visigodos, que pronto se cristianizan; aparecen los musulmanes; se inicia la reconquista. Todas esas etapas de la historia de la Península Ibérica —representadas por una variedad de cronistas— le permiten actuar y explicarse el contacto con América. Cada acción tomada por los españoles durante el proceso de colonización es sacada de esa “memoria práctica”, es decir, tiene un campo de elección específico, nunca se inventa de la nada. Lo mismo sucede con los libros, son escritos en castellano o en latín del siglo XVI bajo una perspectiva teológica-cristiana. El hecho sólo se encuentra narrado desde un

horizonte cultural (aquí dejamos de lado la visión de los vencidos, de la cual sólo digo una palabra, que hay que suponer que más que nativos son nativos europeizados): el indio tiene todas las cualidades y los defectos del “moro”, es infiel y belicoso. Se le comprende asimilándolo a lo ya conocido. Mecanismo estilístico que se encuentra en todas estas obras.

A manera de conclusión

Cada época concibe de manera distinta los elementos que constituyen el acto de leer: libro, lector, verdad, sentido, etcétera, al grado de que en la actualidad nos es muy difícil poder determinar los contornos que especificaban el objeto libro en el mundo europeo de los siglos XVI y XVII. Apenas nos empezamos a dar cuenta de que el libro no es una sustancia sino el resultado de un sistema complejo de relaciones. Lo mismo se podría decir de los otros elementos: lector, verdad, sentido...

De lo anterior se deriva lo siguiente: para utilizar un texto cualquiera como fuente histórica, si no se quiere caer en malentendidos, hay que reubicarlo en su horizonte cultural. Documento que se crea que se entiende de manera inmediata es una falacia. La única posibilidad de no imponerle al libro las determinaciones de mi mundo está en reconstruir la distancia histórica que me separa de él. Esto es lo que no se ha hecho en la utilización de las crónicas por los historiadores. Se las ha leído desde el horizonte cultural contemporáneo; así se explica que se diga que fray Bartolomé de las Casas es el primer antropólogo de América, o que Sahagún prefiguraba el trabajo de los antropólogos al consultar informantes. Los dos, como todos los cronistas, pertenecen a un mundo donde la preocupación esencial es teológica —cómo evangelizar— y nada tienen que ver en ellos las ciencias sociales.

Esta reconstrucción del horizonte cultural

de la obra no consiste en abandonar el del horizonte propio, pues esto es imposible, sino en abrirlo para poder entrar en diálogo con el del pasado. El trabajo para lograr esta comunicación entre horizontes diversos nos ha enseñado que el concepto de verdad cambia de una época a otra: la verdad cambia de verdad. La que desean alcanzar las crónicas nada tiene que ver con la verdad de la historiografía actual. Bernal, Gómara, Mendieta, etcétera, fundan su verdad en el criterio medieval del haber visto, no tienen necesidad de las citas a pie de página propias del libro de historia actual. Esto nos indica que el destinatario de estas obras no es el especialista en historia, como en los trabajos actuales, pues no existen los profesionales de la historia en esa época.

Al lado del concepto de verdad está el de realidad. Real es aquello que una sociedad está dispuesta a creer. Lo que es verosímil para el mundo medieval —la intervención de Dios en la historia humana— no lo es para el nuestro. El mundo literario medieval, realizado por ese grupo minoritario de los alfabetizados, no concibe la posibilidad de un campesino creativo e inteligente; campesino es sinónimo de rústico. De la misma manera va a mantener las imágenes del pagano, idólatra, infiel, etcétera. El mundo referencial de las crónicas es el de la aristocracia medieval. Si la verdad y la realidad del medievo son distintas a las nuestras, es necesario tener cuidado con el uso que hacemos de las crónicas para rehacer la historia de la conquista. Cada personaje y cada acción que se nos cuenta en esta forma de historia debe ser remitida al contexto medieval del cual nace. Es ese mundo de la literatura medieval el que nos va a dar las claves para la interpretación de las crónicas. Mientras sigamos haciendo una lectura ingenua —desde nuestro horizonte cultural— de las crónicas, seguiremos malentendiendo el contenido de las mismas.

Notas

¹ “En el análisis de la experiencia del lector o de la ‘comunidad de lectores’ de una época histórica determi-

nada, las dos partes de la relación texto-lector (es decir, el *efecto* como momento de concretización del sentido,

condicionada por el texto; y la *recepción* como momento condicionado por el destinatario) tienen que ser diferenciadas, organizadas e interpretadas como dos horizontes diferentes: el literario interno, implicado por la obra, y el entornal, aportado por el lector de una sociedad determinada. Y todo ello para reconocer cómo la expectativa y la experiencia se enlazan entre sí, y si por tanto se produce un momento de nueva significación." Robert Hans Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Madrid, Ed. Taurus, 1986, p. 17.

² Para profundizar en la función del lector en la actualización del sentido del texto se pueden consultar los siguientes libros: Robert Hans Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, op. cit.; Wolfgang Iser, *El acto de leer*, Madrid, Ed. Taurus, 1987; Umberto Eco, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Ed. Lumen, 1987; y Michael Charles, *Rhétorique de la lectura*, París, Ed. Seuil, 1977,

³ "Todo presente finito tiene sus límites. El concepto de la situación se determina justamente en que represente una posición que limita las posibilidades de ver. Al concepto de la situación le pertenece esencialmente el concepto del *horizonte*. Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto." Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1977, p. 372.

⁴ "La reconstrucción del horizonte de expectativas ante el que una obra fue creada y recibida en el pasado hace posible, por otro lado, postular preguntas a las que el texto ya daba respuesta y reducir con ello cómo pudo haber visto y entendido la obra el lector antiguo. [...] Este acceso pone a la vista la diferencia hermenéutica entre la concepción pasada y la actual de una obra, hace consciente la historia de su recepción reconciliando las dos posiciones y cuestiona con ello, como un dogma platonizante de la metafísica filosófica, la certidumbre aparente según la cual la poesía es atemporal y está eternamente presente en un texto literario y cuyo sentido objetivo, acuñado de una vez para siempre, es accesible en todo momento de una manera directa al intérprete." Dietrich Rall (comp.), *En busca de texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1987, p. 57.

⁵ Hans-Georg Gadamer, op. cit., p. 372.

⁶ "...el lector implícito no está anclado en un sustrato empírico, sino se funda en la estructura del texto mismo. Si nosotros suponemos que los textos sólo cobran su realidad en el hecho de ser leídos, esto significa que al proceso de ser redactado el texto se le deben atribuir condiciones de actualización que permitan construir el sentido del texto en la conciencia de recepción del receptor". Wolfgang Iser, *El acto de leer*, p. 64.

⁷ Hans Robert Jauss, *La literatura como provocación*, Barcelona, Ed. Península, 1976, p. 174.

⁸ "La razón para concentrarse en el estudio de los actos de habla es, simplemente, ésta: toda comunicación lingüística incluye actos lingüísticos. La unidad de la comunicación lingüística no es, como se ha supuesto

generalmente, el símbolo, palabra, oración, ni tan siquiera la instancia del símbolo, palabra u oración, sino más bien la producción o emisión del símbolo, palabra u oración al realizar el acto de habla. Considerar una instancia como un mensaje es considerarla como una instancia producida o emitida." John Searle, *Actos de habla*, Madrid, Ed. Cátedra, 1986, p. 26.

⁹ Cfr. Roger Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1992.

¹⁰ Para ver en qué consisten estas otras cosas más: Cfr. Paul Benichou, *La coronación del escritor 1750-1830*, México, FCE, 1981.

¹¹ Para profundizar en el concepto de lo imaginario: Cfr. Cornelius Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, París, Ed. Seuil, 1975.

¹² Estos tres tipos discursivos surgen al mismo tiempo, a finales del siglo XI al XII. Los tres vienen a darle una identidad a la nueva aristocracia —la nobleza caballeresca— que se forma con el nacimiento de la economía señorial. La diferencia entre ellos no se da a través de la separación entre verídico e imaginativo, sino en relación con el momento al que le dan peso. La narración épica se concentra en glorificar a los antepasados de esta nueva nobleza, mientras que la novela y la historia (crónica) en resaltar el presente y la potencialidad del grupo hacia el futuro. Las tres formas discursivas, desde los criterios modernos, son creación literaria, y conciben la temporalidad como repetición. A cada nuevo suceso hay que encontrarle su arquetipo, basado en hechos casi todos contados en la Biblia. Lo ya sucedido prefiguraba lo que está por suceder. El conocimiento se reduce a saber recordar: el pasado comprende y explica al presente y al futuro. Cortés como un nuevo Moisés, la caída de Tenochtitlan como una nueva caída de Jerusalén, la noche triste como una nueva noche de Jesús antes de su crucifixión y de su resurrección, etcétera.

¹³ Hans Robert Jauss, *La literatura como provocación*, Barcelona, Ed. Península, 1976, p. 174.

¹⁴ Cfr. José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Ed. Taurus, 1986.

¹⁵ Heidegger interpreta de esta manera la *Crítica de la razón pura* de Kant, en su obra *Kant y el problema de la metafísica*. El *a priori* que constituye el tiempo es la columna vertebral de las condiciones que hacen posible (como horizonte) la comprensión; por eso la interpretación de Heidegger encuentra su base en el paso de ese *a priori* que es el tiempo a la constitución del Yo trascendental como temporalidad. Sin pretensiones de sostener una interpretación al respecto, tan sólo sigo lo dicho por Otto Poggeler, *El camino del pensar de Martín Heidegger*, Madrid, Ed. Alianza Universidad, 1986, p. 86: "El Yo trascendental es interpretado en su temporalidad y captado como existencia y ser-en-el-mundo. Así es como debe ser encontrada la trama de lanzamiento de un pensar que piensa el tiempo como horizonte en la que la pregunta '¿qué es el ente?' pueda ser desplegada originariamente."

